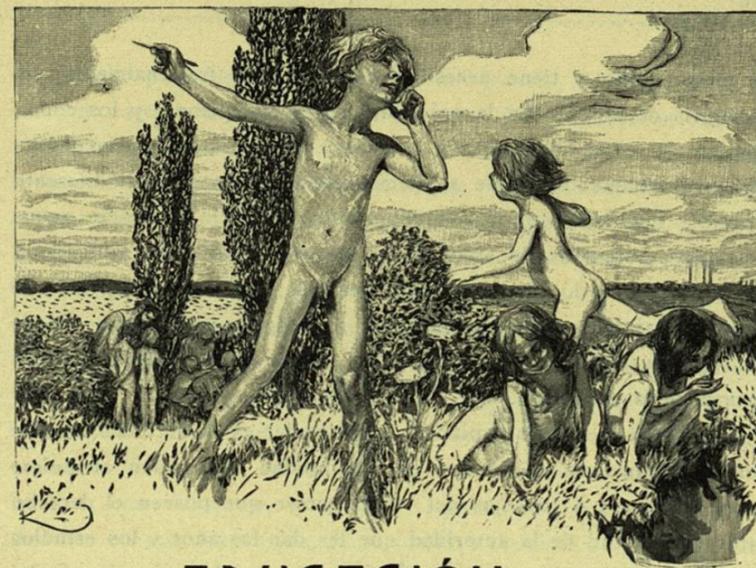
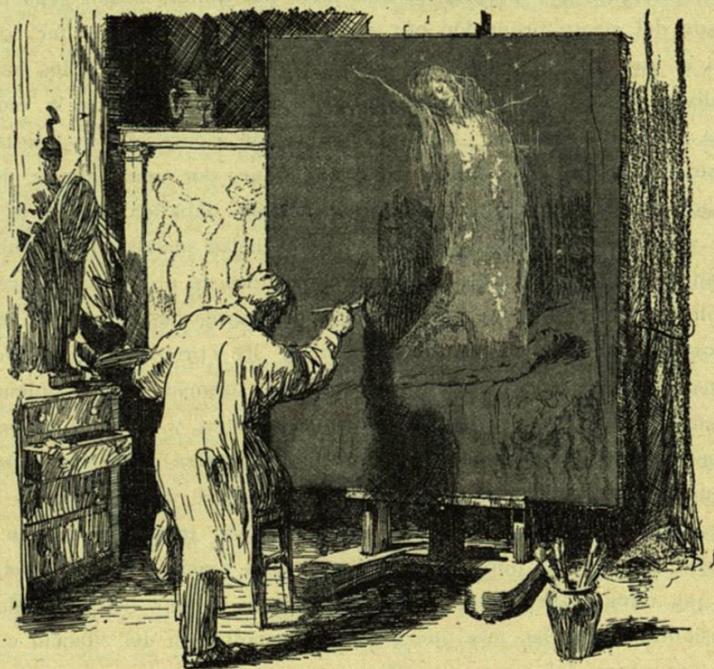


las opiniones de Virchow y de Haeckel, la historia continúa su curso, y el socialismo hizo su entrada en el mundo paralelamente al darwinismo que penetraba en la ciencia. Las dos revoluciones han concordado perfectamente, y muchos son los sabios que han explicado, pasados los hechos, que así había de suceder. De la incertidumbre de las profecías de los pedantes resulta que éstos, agrupados en casta interesada, no representan la ciencia, la cual se desarrolla sin su concurso oficial en las innumerables inteligencias de los hombres que investigan aisladamente, apasionados por la verdad. Por la renovación continua se hace el progreso del saber, y nadie puede crear, ni siquiera aprender si no procura incorporarse el conocimiento nuevo con toda rectitud y sinceridad. En el esfuerzo libre de cada individuo está todo el problema de la enseñanza.



EDUCACIÓN

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza.

CAPÍTULO XI

INFALIBILIDAD DE LA ENSEÑANZA. — EDUCACIÓN DE LOS PRIMITIVOS.
 ESCUELA MODELO. — COEDUCACIÓN.
 PRUEBAS, EXÁMENES Y DIPLOMAS. — ALTA EDUCACIÓN NORMAL.
 EXPANSIÓN DE LA CIENCIA. — LENGUA COMÚN.
 HIGIENE GENERAL. — CALIPEDIA. — EDUCACIÓN DE LA ESTÉTICA.
 ESPONTANEIDAD DEL ARTE. — DESNUDEZ.
 LA CIENCIA, EL ARTE Y LA NATURALEZA. — EL ARTE ES LA VIDA.

COMO la ciencia misma, y en una proporción más señalada, la enseñanza se resiente de los orígenes nacionales, es decir, de las condiciones geográficas é históricas en que cada pueblo se ha desarrollado. En teoría es muy diferente: todo ser humano que se da por misión enseñar á otro hombre, niño ó adulto, no debe tener más cuidado que ser intérprete escrupuloso de la verdad y de hacer que penetre en la inteligencia ajena lo que

ha comprendido y tiene necesidad de comunicar fraternalmente con la alegría de saber. En la práctica, eso es excepcional y los conocimientos pueden propagarse á la manera de un magnífico incendio; pero ordinariamente lo que se llama enseñanza toma muy diferente aspecto. Los instructores, simples gentes de oficio, no están necesariamente animados de aquel fuego sagrado que es el entusiasmo por la verdad, y lo que enseñan no es más que una lección dictada conforme á intereses de nacionalidad, de religión y de casta. Todas las supervivencias tienen su parte en la obra tan compleja y tan diversa de la enseñanza.

Ante todo, el vicio capital de las escuelas es el de todas las instituciones humanas, el carácter de infalibilidad que suelen atribuirse los profesores. A los ojos del vulgo parece que poseen el derecho natural en virtud de la autoridad que les dan los años y los estudios anteriores. Los niños, viendo la figura grave de su padre ó del que le reemplaza, están dispuestos á inscribir en su memoria la palabra solemne que va á salir de su boca: así suministran un terreno muy favorable á la fe cándida y espontánea que tanto agrada á los maestros; así se forma fácilmente una especie de religión cuyos pontífices se tienen por maestros de la verdad. A su infalibilidad personal se juntan otras que, según los diferentes países, los cultos y las clases, dan á la primera una consagración más alta. Las enseñanzas cambian, pues, al otro lado de cada frontera, hasta el punto de ser absolutamente opuestas las unas á las otras. Patrias, religiones, castas, tienen sus supuestas verdades que son el punto de partida de toda la educación, la clave de la bóveda de todo el sistema. Pero la evolución general que aproxima á los hombres borrando cada vez más los conflictos de razas, de ideas y de pasiones, tiende á igualar también los métodos de enseñanza, atenuando por grados su carácter despótico, dejando al niño una mayor iniciativa.

El arte de la educación, como todas las demás artes, es de invención prehumana. En todas las conquistas del ingenio, el hombre ha sido precedido por los animales, y ha seguido falsa vía siempre que se ha separado del ejemplo recibido. La educación, tal como se

comprende por nuestros «hermanos inferiores», ha conservado su carácter normal, eficaz, en tanto que entre los humanos ha degenerado frecuentemente en pura rutina y á veces ha obrado en sentido inverso de su objeto: no es raro que se convierta en verdadero embrutecimiento. Una avecilla enseña graciosamente á sus polluelos el arte de huir de su enemigo y de proporcionarse el sustento; después, gorjeando le recita lo que podríamos llamar los «aires nacionales», le enseña á sostenerse en el vacío aparente, le hace remontar su vuelo á distancias cada vez mayores de su cuna natural, y cuando ya nada puede enseñar á su progenitura y la igualdad es completa en fuerza, en destreza y en inteligencia, se retira, abdicando su función de educadora. Los animales en contacto con el hombre, como el zorro, el perro y el gato, dirigen sus crías ejercitándoles en saltos y en juegos de fuerza y agilidad en los momentos en que los tiernos animalillos tienen á su disposición un excedente de energía que derrochar¹.

Pero esa excedencia de energía se emplea siempre de la manera más seria, aunque con todas las demostraciones de la alegría, porque los juegos tienen por objeto, consciente entre los padres, aunque inconsciente entre los hijos, acomodarlos á todas las obras y á la conducta de la vida que va á comenzar pronto con todo el séquito de trágicos peligros. Según la clasificación de Groos², los juegos consisten en el examen de las cosas, la observación de los movimientos que diferencian las especies diversas, la caza á la presa viva, muerta ó imaginaria, la lucha, la construcción de las cabañas, la investigación de las actitudes y de las acciones de los adultos, que para la especie humana se refleja principalmente en los cuidados que se aplican á la muñeca como símbolo del hijo futuro: lecciones todas que son para los pequeños un ensayo de la vida.

Tal es la educación entre los primitivos. Los niños permanecen cerca de los padres, de quienes imitan el lenguaje, los ademanes y las acciones, haciéndose hombres sobre el modelo del padre, mujeres sobre el de la madre, pero siempre en plena naturaleza, en el mismo círculo de trabajo que habrán de ocupar cuando los

¹ Herbert Spencer.

² Karl Groos, *Die Spiele der Thiere*.

viejos ya no existan. Todo progreso depende de su propio genio, de su más estricto talento de adaptación al ambiente que han de utilizar para la conquista del bienestar. La escuela es para ellos lo que fué para los Helenos libres, la hora del recreo y del reposo para los padres, el descanso de la tarea diaria, y, por extensión, el período de las agradables conversaciones, de la amistad que reconforta, del paseo en que se hace exposición de las ideas. Pero en



Cl. de Zlatá Praha.

ESCUELA DE NIÑAS EN TÚNEZ

aquella época de la civilización las exigencias rompían ya la unidad primitiva de las familias y obligaban á colocar los hijos bajo la dirección de educadores especiales. Así nació la escuela. A lo menos el contraste que presentaba el tratamiento de los escolares en los diferentes países indica qué naciones se hallaban en un período de progreso y qué otras en una vía regresiva. Las esculturas y los cánticos representan á los niños griegos jugando, danzando, coronándose de flores, mirando gravemente á las mujeres y á los ancianos, en tanto que los documentos egipcios muestran con insistencia el palo que el maestro hacía resonar sobre las costillas del alumno. También usaba el vergajo el educador hebreo, y de él, por mediación de los libros «santos», nos viene el dicho tan funesto para tantas generaciones de niños: «Quien bien ama bien castiga».

Durante el período histórico actual, tan notable por la amplitud del teatro en que se debaten los problemas vitales de la humanidad, se emplean á la vez todos los métodos de educación. La mayor parte han admitido por punto de partida que el maestro reemplaza á los padres, especialmente al padre, que le delega todos los poderes como director, maestro y propietario de su hijo: la sociedad, representada según la lucha de los partidos, sea por la Igle-

sia, sea por el Estado laico, se considera también como propietaria del alumno y manda que se le enseñe según el uso á que se le destine en el curso de su vida ulterior. Al fin, apoyada sobre las reivindicaciones espontáneas de los mismos niños, comienza á vislumbrarse la idea de que son seres iguales en derechos á las personas mayores y que su educación ha de corresponder, no á la voluntad del padre, ni á las exigencias de la Iglesia ó del Estado, sino á las conveniencias de su

desarrollo personal. Débiles y pequeños, los niños son por eso mismo sagrados para los mayores que los aman y los protegen. Las escuelas, escasas aún, en que ese principio de la pedagogía se practica estrictamente, son lugares de alegre y fructífero estudio, merced á esa «reverencia extrema» á que el niño tiene derecho y le profesan sus maestros. Pensando en las escuelas en que fueron torturados la mayor parte de los hombres de nuestra generación, todos podemos repetir la palabra de San Agustín: «Antes la muerte que la vuelta á la escuela de nuestra infancia».

A cada fase de la sociedad corresponde una concepción particular de la educación, conforme á los intereses de la clase dominante. Las civilizaciones antiguas fueron monárquicas ó teocráticas y su supervivencia se prolongó en las escuelas, porque, en tanto que en la vida activa del exterior los hombres se desprenden de las opresiones antiguas, los niños, relativamente sacrificados, como las mujeres, en razón de su debilidad, han de sufrir por más tiempo la rutina de las prácticas antiguas. El tipo de nuestros manuales de educación existe hace ya miles de años, y se repiten aún casi en los mismos términos los preceptos «moralizadores» que en ellos se hallan. «¡Obedecer!» tal es en el fondo la única moral predi-



Cl. de Zlatá Praha.

ESCUELA DE NIÑOS EN TÚNEZ

cada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado á la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da»¹.

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce á confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente á la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar á sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría á pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar á bayonetazos Chinos ó huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres á presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado ó á la Iglesia: en ese caso, la mata, ó, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles á San Pablo y desde los Padres de la Iglesia á los Padres de la Constitución Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores

¹ Exode, cap. XX, vers. 12.

de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: ó se es campeón del derecho ó cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia ó de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño á desarrollarse conforme á la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor á la fuerza ni cebar el animal ó la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco á poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente á la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desfloresca la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene